

P.- En una lengua no puede faltar jamás un elemento que sirva para expresar una noción fundamental: la posesión. Una sociedad puede ser comunista, pero sus miembros no dejarán de decir: «Mi cabeza me duele». Porque la vida es «mía», de cada cual, intransferible.

Z.- Vamos, que el lenguaje, a fuerza de economizar, tiene sus tesorillos ahorrados.

P.- En español decimos «mi» padre y «mi» madre. El francés tiene aquí dos formas distintas, «mon» en masculino y «ma» para el femenino. ¡Un tanto para Francia! Ahora bien, el francés dice «notre» para lo que nosotros decimos «nuestro» y «nuestra». ¡Empate!

Z.- ¿Es que puede existir una competición deportiva entre los idiomas?

P.- Cada lengua «posee» sus ventajas comparativas así como también sus puntos débiles. En el lenguaje sucede algo similar a la naturaleza: el león tiene garras para matar, pero la gacela cuenta con patas para correr velozmente. ¿Quién vence? Según como se jueguen las cartas.

Z.- Sin embargo, hay lenguas que superan a otras, como la araña astuta se come a la mosca incauta.

P.- Es verdad. Una lengua de pastores y gañanes, reducida a unos pocos centenares de voces referentes a la naturaleza, no puede expresar las sutilezas filosóficas de Kant. Un idioma requiere crecer, ensancharse en todas las direcciones. Y esto es

la obra de todos los escritores, de todos aquellos que arrancan un pedacito de la realidad inefable para llevarla hasta el lenguaje. Pero esto es obra del tiempo. Sin embargo, también lenguas “primitivas” pueden reflejar observaciones desconocidas en otras más desarrolladas. Los esquimales tiene veinte formas diferentes de llamar a la nieve según su estado.

Z.- Otra vez nos vuelve a aparecer la relación entre el lenguaje y el pensamiento.

P.- Te voy a contar una anécdota que viene al caso. Baroja, escritor vasco, tropieza un día con la gramática española. «No sé si se dice «bajé en zapatillas» o «bajé con zapatillas"». Y es que el uso de las «preposiciones tiene a veces algo de intuitivo, un conocimiento propio de quien tiene esa lengua como nativa.

Z.- ¿Y qué son las preposiciones».

P.- Su nombre significa «posición delantera». Se ponen delante de ciertas palabras para establecer unas determinadas relaciones. En latín esas relaciones se expresaban con las declinaciones, las desinencias de los casos. Si digo «la casa de Pedro» ese «de Pedro» se diría en latín «Petri» y con ello se sabe que es el poseedor. En nuestra lengua “madre” las declinaciones permitían una posición de las palabras más libres mientras que en los romances el orden es más fijo. No podemos decir “la de Pedro casa”.

Z.- Pero déjate de latines y habla en «roman paladino», que soy tu vecino.

P.- Fíjate en estas frases: «Salgo de Madrid» y «salgo a Madrid». Y lo mismo «el café ¿con azúcar o sin azúcar?». Pues bien, una pequeña partícula lo cambia todo. O si digo que estoy «en» el

paseo expreso que me encuentro en él, tal vez sentado en un banco. Sin embargo «estar «por» el paseo» sugiere un cierto movimiento dentro del mismo paseo. Esas «preposiciones» forman una batería que deberás aprender por tu cuenta y riesgo valorando sus finuras: «a, ante, bajo, cabe, con, contra...». Piensa en casos como «luchar «contra» alguien», pero «reñir «con» alguien». ¿Quien riñe es un acompañante? Claro está que otras veces las preposiciones no tiene ambigüedad alguna: «está «sobre» la mesa».

Z.- ¿Acabamos la lección?

13

P.- Los nombres, como son importantes, andan bien flanqueados por escoltas: a la derecha, el adjetivo; a la izquierda, los artículos (el rumano, y esto es el único caso en romance, pone el artículo detrás del sustantivo.)

Z.- ¿Y qué son los artículos?

P.- Los adjetivos nos añaden muchas cosas sobre los nombres a los que acompañan; pero el artículo solamente nos hace distinguir entre una cosa «determinada» y otra «indeterminada». Si digo «dame el libro», el libro es un libro dado, preciso, concreto; pero si pido «dame un libro», puede tratarse de cualquier libro. Ya ves, el lenguaje hila «muy fino».

Z.- ¿Y sirve para algo más?

P.- Bueno, en realidad para poco más y ni siquiera podría calificarse como una función. Veamos: cuando digo: «se armó la

marimorena», el artículo «la» nos anticipa con tres sílabas de adelanto que la palabra siguiente va a ser femenina. Y al decir: «los caracoles» antes del nombre advertimos que vendrá en masculino y plural (pues deben «concordar»). El género y el número del artículo doblan la información incluso para los duros de oído. Los juglares cuando cantaban sus romances intercalaban versos como «bien oiréis lo que dirá...». Era un medio de favorecer la atención para que nada se escapase.

Z.- ¿Qué nos queda aún por ver?

P.- Dejemos los vocativos, que solamente sirven para llamar «Tú, Pedro», «Juan, sal fuera», etc. Y bien: hemos visto todas las partes de una oración. Estas partes, digamos «las formas», son como las prendas de vestir que revisten nuestras ideas con el lenguaje.

Z.- En consecuencia, esas formas o prendas deben clasificarse, ¿no?

P.- En el armario las prendas podríamos meterlas en los cajones según diversos criterios: el color (blanco, rojo, etc.), el tamaño (pequeño, grande) o el año de la compra... Evidentemente estos criterios son absurdos, poco racionales. Sería más sensato distribuir la ropa entre aquellas de abrigo para el invierno y las ligeras para el verano; las piernas, cubiertas por pantalones; el torso y los brazos, con camisas, complementos como corbatas, cinturones, etc.

Z.- Quieres decirme que la mejor clasificación de las formas es la función desempeñada.

P.- Eso es. Por esta razón es más exacto hablar de «morfosintaxis» que de morfología y de sintaxis. Debemos analizar las formas y la función que tienen en la oración.

Z.- Pero aún no me has dicho qué es una oración.

P.- Hemos definido los morfemas como las unidades menores dotadas de sentido. Y, como son mínimas, son incompletas. En «casas» no podemos decir «as», el morfema de género y el de número. Estos son pinceladas dentro de un cuadro más amplio. Y si te digo: «Mañana tengo que...» tú te quedarás esperando la continuación; pero si digo que «mañana tengo que ir al colegio a las cinco», entonces ya tendrás una unidad de sentido completamente acabada. Estas son las oraciones. ¿Y de cuántas clases son? Esto lo veremos mañana.

14

P.- En primer lugar existen oraciones «solteras», que van solas; por otro lado, además de estas oraciones «sencillas» están las «compuestas» (éstas hacen pareja y, a veces, tríos)

Z.- ¿Cómo se reconoce una oración sencilla?

P.- Pues solamente tiene un verbo, lo cual le simplifica mucho la existencia. Hemos dicho que los verbos nos señalan lo que hace un nombre, que puede ser persona, animal o cosa. Tenemos entonces un «sujeto» (quién) y algo que se hace (qué). Basta con esto, no mareemos más la perdiz.

Z.- ¿Y las oraciones «emparejadas?»

P.- Pensemos en las relaciones posibles dentro de una pareja: una, que «co-existan», vivan uno junto a otro sin cruzar una palabra. Estas oraciones se llaman «yuxtapuestas» («Yusta», unir, como «ayuntamiento»). Un ejemplo típico es la fanfarronada lacónica de Julio César: «Llegué, vi, vencí». En realidad, podrían ser tres frases distintas si el punto no hubiera corrido su tinta convirtiéndose su coma en una lágrima negra: “Llegué. Vi. Vencí.”

Z.- ¿Y las otras?

P.- Una pareja bien avenida o, al menos, que se tratan de igual a igual. Así, por ejemplo, las copulativas, oraciones que se «acoplan»: «Esta mañana me he levantado y he salido pronto de casa». La conjunción «y», con esa forma de «yunta» unce en un mismo carro a las dos oraciones con el mismo rango: tanto monta y monta tanto «levantarse» como «salir». Otras veces se produce una disyuntiva, es decir, lo opuesto a «ayuntar» (de niños decíamos «no te ajunto») Así cuando se dice: «O te que quedas con ella o vienes conmigo». (entre paréntesis, una prima tuya decía «con mí», pero estaba más en lo cierto que quienes la corregían. Recuerda eso de «domine vobiscum», pues «mecum» era conmigo, pero al perderse el sentido en romance se duplico «con», que sería como decir «con-mi-con». Perdona la digresión, y la rima).

Z.- Has hablado de «conjunciones»...

P.- Las preposiciones establecían ciertas relaciones entre palabras dentro de una misma frase. Las conjunciones unen

oraciones distintas («con-junción», es unir con algo). Además de la «y» citada podíamos señalar «ni» en «ni come ni deja comer».

Z.- Coexistir, convivir, separarse ¿qué le queda a una relación de pareja?

P.- Pues el dominio, la «sub-ordinación», ya sea del machista padre de familia o del varón domado por una virago.

Z.- Bien, señala algunas clases de subordinadas.

P.- Yo digo: «si llueve mañana, me quedo en casa». La primera parte solamente tiene sentido si se dice con la segunda (condición, decir con). «Si llueve mañana» no subsiste. Por el contrario, se puede decir «me quedo en casa».

Z.- Otra.

P.- “Pedro es delgado, aunque muy fuerte”. Podemos decir lo mismo: “Pedro es delgado» es la oración principal porque existe por sí misma sin la otra; y la segunda, incapaz de mantenerse ella sola, se subordina con una conjunción adversativa (se opone o enfrenta) Y en un oración temporal tendríamos: “Cuando venga Luís, me iré yo». (En francés el verbo de la oración temporal se pone en indicativo, como un hecho seguro; pero en español se dice en subjuntivo, como un hecho que siendo futuro es vago, impredecible. ¿Vemos el porvenir incierto? Seguramente no, pero a cada lengua, lo suyo).

Z.- Hasta la próxima lección.

P.- Hemos visto en las primeras lecciones que el «crep(i)tar» de la leña seca en el fuego (la pérdida de la vocal postónica es una ley fonética) nos da el vocablo «scriptura». Las letras nacen «negras» porque el grafito de las ramas carbonizadas es de dicho color. Y aún ahora, debido a la «inercia», al «peso de la tradición», al «fardo de los siglos» (basta de tópicos), pues todavía conservamos el color «nigeriano» como preferente en la escritura.

Z.- ¿Y hay otros colores..- «antiguos»?

P.- Tienes una cabeza para pensar.

Z.- De acuerdo. Me viene a la memoria expresiones como «manos ensangrentadas» o «grabado a sangre y fuego».

P.- Como el carbón negro, la sangre «roja» («bermeja» diría un sefardita) se obtiene con facilidad en la naturaleza. En los sacrificios religiosos la sangre es un elemento consustancial. La raíz de la palabra «sanción» es la misma que el radical de «sangre». La sangre es vida y no se puede derramar.

Z.- Me dijiste que Vives había comparado las letras con «hormigas negras». Ya veo que también las hay «rojas».

P.- El color «rojo» tiene connotaciones especiales. Yahvé marca de roja sangre las puertas de los hebreos para librar a sus primogénitos del ángel exterminador; en los semáforos dicho color tiene el sentido de «prohibición»; también se asocia con los lupanares nocturnos y, esto es importante para la escritura, el rojo se liga con la censura, los textos «prohibidos». Del mismo

modo el «lacre» de color rojo sella una carta, prohíbe su lectura por un extraño.

Z.- Veo que el color rojo, ya sea marcando puertas, tachando textos censurados o bien mediante códigos de circulación, ha tenido un buen desarrollo en la escritura.

P.- El color rojo y el negro aparece en los breviarios de la Iglesia. Y el rojo es característico de las «miniaturas» medievales, que antaño no tienen el sentido de «pequeñez», sino el de ser hechas con «minio», un óxido de plomo de color rojo. Las palabras “minus” y “minio” parecen hermanas, pero no son ni primas hermanas.

Z.- ¿Y de qué manera comenzó la escritura?

P.- La escritura es la pintura de las palabras. Ahora bien, ya hemos visto que llegar hasta el conocimiento de los fonemas ha sido una labor larga de análisis del lenguaje. Pero el hombre puede dibujar las cosas y hacer referencia a ellas con el dibujo. La primera escritura es «ideográfica», no representa sonidos sino ideas.

Z.- Supongo que una escritura basada en tales principios es muy difícil.

P.- Dices bien. La escritura «fonética» posee un potencial mucho mayor que los pictogramas. Basta con unas pocas letras para combinarlas y escribir con ellas obras como el *Quijote* o *La crítica de la razón pura*.

Z.- ¿Y estas letras tienen un sentido?

P.- Las letras tienen su historia propia. Ya hemos visto que la «o» es redondeada como su pronunciación y esos aros de humos que hacen algunos fumadores exhibiendo sus habilidades. Y la historia de la A es más compleja: esta letra viene de Alef, que quiere decir «toro» en la lengua hebrea y su forma triangular dibuja la forma de la cabeza del toro. Claro está que debemos echar bastante imaginación. El paso de los siglos y la transmisión de unos alfabetos de un pueblo a otro hace que no sea reconocible el origen de las letras. Volvemos a encontrarnos frente a hechos «naturales» que se convierten más tarde en «convencionales».

Z.- ¿Puedes añadir algún ejemplo más?

P.- Se ha dicho que la letra «m» representa las olas del agua en la antigua escritura jeroglífica egipcia. Probablemente sea así. Moisés –con m- fue sacado de las aguas. Sin embargo, podemos suponer otro origen: en la lengua indoeuropea existe la raíz *manu con el sentido de «persona» (de donde se puede derivar a «mano», «humano»). Pues bien, en antiguos alfabetos latinos la «m» aparece dibujada con cuatro o cinco arcos. Si miramos los nudillos de la «mano» se dibuja igualmente el signo de la «m». Pero por hoy basta.

P.- La escritura sería totalmente inútil sin la lectura. Un acto exige el otro. No es posible leer ni entender si la escritura es deficiente. Berceo, un poeta medieval, nos dice que «bajo la mala letra yace el saber del buen doctor». Todavía es proverbial

la pésima letra de los médicos, que solamente son comprendidos por los boticarios, y eso porque las recetas se repiten.

Z.- Me imagino que aquí viene la necesidad de la caligrafía. Si cada cual hace de su capa un sayo, los grafólogos serían muy solicitados.

P.- Mientras no exista la imprenta, las máquinas de escribir y los modernos procesadores de texto, tener buena caligrafía es una cuestión esencial. En la edad media, los amanuenses - los que copian a mano - deben cuidar con esmero la letra. Y lo mismo deben hacer los notarios que levantan actas y escriben protocolos. Aparecen entonces «escuelas» para unificar la forma de la escritura.

Z.- Supongo que el tiempo es dinero y cuanto más sencillos y fáciles sean los trazos de la escritura más rápido se copia.

P.- Bueno, esto no es así, al menos dicho como una afirmación categórica. El libro en la edad media es también un arte. Las letras pueden ser también un objeto estético, tener adornos innecesarios. En la escritura en lengua arábica es evidente el carácter artístico. Y hoy, con nuestros ordenadores, podemos contar con diversas clases de letras, podemos elegir a la carta. Por supuesto, son letras de molde sin ligazón.

Z.- Pero copiar un escrito a mano es lento. A los monjes les debía doler tanto uso de la escritura.

P.- Sí, era pesado. Además, la labor se desarrollaba durante todo el día. El mismo Berceo se queja de que escribir con la luz de las velas es una tarea ingrata. Pero escribir era también caro. Nuestra letra «ñ» es la reducción a «n» de la «nn» latina.

Es un modo sencillo de hacer economía de papel. El «bigote» señala la nueva grafía.

Z.- Siempre la economía.

P.- Así pasa también con la palabra “que” escrita q” (un bigote o “crema” encima, igual que en la “ñ”). Aquí vemos que las abreviaturas usadas en los mensajes de los móviles tienen lejanos antecedentes. Y mucho antes aún se empleaban también los «palimpsestos» para ahorrar pergamino, manuscritos en los que se borraba la escritura anterior para escribir de nuevo sobre ella.

Z.- La difusión de la escritura a través de las nuevas tecnologías deja en pañales a la trascendencia de la imprenta.

P.- Cierto, actualmente «internet» es la imprenta elevada a la enésima potencia. Pero me gustaría más hablar de la «escritura» que del «texto escrito».

Z.- ¿Tú piensas que escribir en ordenador ha cambiado la técnica del escritor?

P.- Hubo un tiempo en el que algunos escritores «dictaban» a un secretario. La taquigrafía, olvidada desde la aparición de las grabadoras, era un modo eficaz de escribir veloz. Y escribir a mano supone adaptar el pensamiento al movimiento de la mano. Además, las correcciones son molestas, se tachan, se modifican textos, se hacen añadidos. Los modernos procesadores de texto evitan todos estos inconvenientes. Podemos alterar las frases quitando o poniendo. Hoy muchos no podemos escribir ni pensar sin un teclado delante.

Z.- Me has dicho que debemos escribir “bien”, con buena “caligrafía”; pero también escribir “bien” es hacerlo de una manera correcta, sin faltas de “ortografía”. ¿No es así?

P.- La anarquía solamente satisface a los anarquistas. Cuando se inventa la imprenta aparecen en el mercado cientos de libros. Los editores vacilan sobre qué criterios adoptar a la hora de escribir las palabras. Cada cual usa las letras como Dios le da a entender. De aquí surge entonces la necesidad de remediar este caos, escribir libros de ortografía para las lenguas romances. Nebrija fue el primero en castellano.

Z.- Pero ya no usamos las normas de entonces.

P.- Y ni siquiera las que establece la “Real Academia de la lengua”, fundada por Felipe V en los comienzos del siglo XVIII. Las voces del idioma iban respaldadas por el uso de una “autoridad” literaria (se quiso hacer un diccionario de ellas).

Z.- Yo entiendo que una novia no puede ir a la boda con pantalones vaqueros. Ni una viuda acudir al entierro de su marido con un vestido color rojo fucsia. ¿Pero es tan grave contravenir las normas ortográficas?

P.- Entiéndeme bien: yo no desprecio en absoluto aprender la ortografía «vigente», pero tampoco me parece en absoluto que debemos «sacralizarla». Debemos hablar a las claras, «poner los puntos sobre las íes».

Z.- Eso suena un poco rebelde...

P.- Te pondré unos ejemplos: Gabriel García Márquez afirma en sus memorias que no sabe la ortografía. Sus correctores piensan que los folios mecanografiados están llenos de erratas. Sin

embargo, el novelista reitera que no sabe la razón por la que unas palabras lleven «v» y otras «b». Claro está que puede ser una «boutade». Pero él es premio Nobel de literatura y nosotros unos humildes usuarios del idioma. No podemos permitirnos lujos.

Z.- Creo que me dijiste que la «h» inicial revela la «f» latina (en catalán, dices, se mantiene). ¿Quiere decir esto que «huevo» tenía una «f» inicial latina?

P.- La pelaste (con perdón). En su origen latino «huevo» es «ovo» y no hay ninguna razón para colocarle esa máscara delante. ¿No es absurdo? Eso es el “bacalado de Bilbado”. Hoy decimos «sustancia» en lugar de «substancia»; pero conservamos la «b» en «obsesión». Yo aprendí en el colegio a escribir «transporte», pero ya se escribe ahora - con la venia de la Academia - «trasporte». El hombre es la medida de todas las cosas.

Z.- Luego las normas se hacen y se deshacen. Esto me parece la tela de Penélope, la mujer de Ulises.

P.- En la ortografía existen dos tendencias contrarias: una es conservadora, ligada a la escuela, a la tradición literaria; la otra es evolutiva, avanza en la dirección de la lengua hablada. Tenemos aquí entonces dos fuerzas enfrentadas: la etimología y la fonética. En nuestro vocabulario conviven cultismos introducidos por los literatos y vocablos romances en boca del pueblo llano. Así, por ejemplo, tenemos el culto «multitud» y el popular «muchedumbre».

Z.- Y de esas dos tendencias, etimológica y fonética ¿cuál es la mejor?

P.- Ninguna por sí sola. La ortografía es un compromiso entre el pasado y el presente. De ahí sus inconsecuencias. Toda reforma debe ser prudente, andar con mucho tiento. No podemos ser revolucionarios condenando los libros del pasado al arcón. ¡Menuda confusión se crearía! Las generaciones se suceden, se solapan.

Z.- ¿Pero qué pasaría si caemos en el otro extremo y somos muy conservadores en la ortografía?

P.- ¿Te acuerdas de Raphael, que algunos decían «Rapael»? Pues así la «ph» era «f» antes de una reforma ortográfica. Si la lengua se anquilosa en la escritura mientras la lengua viva cambia nos encontramos como si viéramos una foto nuestra de niño: no nos reconocemos. Quienes dicen «México» y lo pronuncian con «x» desconocen que «x» era la grafía de nuestra «j» y se decía entonces «Méjico».

Z.- Bueno, hoy nos hemos extendido un poco. Dejemos para mañana los signos de ortografía.

P.- Las mayúsculas, como dice el nombre, son las letras mayores. Estas letras “capitales” son altivas, miran por debajo del hombro a las minúsculas “pueblerinas”. Y, como son altas, se perciben desde lejos y así podemos vislumbrar con los ojos el inicio de la nueva frase. El ojo previene a la boca. La mayúscula es la reina de la oración y, como hay más vasallos que nobles, así las minúsculas abundan más en la escritura.

Z.- Bien orgullosas son dichas letras.

P.- Un sustantivo cualquiera, un nombre común, se escribe con minúscula; pero Don Ramón, o Ramón a secas, exige la mayúscula. Así también el Dios cristiano se aleja de los dioses paganos. Y nuestra querida mascota, “Lassi” no puede escribirse como un chucho cualquiera.

Z.- Me has dicho que las mayúsculas se ponen detrás de un punto.

P.- Tienes razón, pero eso lo dicen los maestros de lengua con la cara de palo. ¿No te dicho lo primero que nuestra actitud hacia el lenguaje debe ser lúdica?

Z.- Bueno, vamos a jugar un poco.

P.- Has hablado de los puntos al final de la oración. Estos son como una piedra que se pone detrás del carro para que no se eche atrás. Si yo digo: “mañana iré al cine”, el punto se planta. Y punto (pelota, añaden algunos). Siempre se tiene la tentación de alargarnos: “mañana iré al cine a ver esa película tan divertida”. Pues no, cortemos por lo sano. Y una breve pausa es el foso sonoro que distancia una frase de otra. Si no se usaran los puntos, para evitar la confusión, tendrían que inventarse otros medios, como las barras, etc.

Z.- Las comas sirven para pausas todavía más breves que los puntos. ¿No es así?

P.- Veamos: “Platero es pequeño, peludo, suave...”. Las comas son pequeños obstáculos que tropezamos en el habla; se doblegan pero reducen la velocidad de la oración. La

apreciación de fracciones de sonido no es tan importante como la comprensión de unidades completas de sonido.

Z.- ¿Y el punto y coma?

P.- Ni chicha ni limoná. Más pausa que una coma, pero menos que un punto. ¿Qué reloj atómico podría distinguir «nanosegundos»? En general, yo recomiendo poner «punto y coma» cuando la oración siguiente se las da de importante aunque no lo sea.

Z ¿Qué tienes que decir de los signos de interrogación?

P.- ¿Esos garfios de pirata? Vamos allá: cuando comenzamos a hablar, pasamos del silencio hasta cierto tono sostenido y en la interrogación, en vez de descender como sería el caso de una afirmación o de una negación, el tono se eleva quedando en el aire. La entonación de una pregunta parece dejar las cosas en alto, inconclusas. Un filósofo español, Ortega y Gasset, se refería a los signos de interrogación del final como grullas que alzan el vuelo. (el verbo delante del pronombre es típico de las interrogaciones: ¿iré yo?) En cualquier caso, grullas o garfios de pirata... ¡ Metáforas!

Z.- Pues has sacado a relucir los signos de exclamación.

P.- Estos signos son como palos de billar con su bola: ¡carambola! Ahora bien, fíjate que las modulaciones de la voz para expresar estados de ánimo o pensamientos son muy numerosas. Y, sin embargo, la escritura no puede reproducirlas porque su repertorio es necesariamente corto. ¿Cómo expresar la ironía reflejada en una sonrisa sin conocer el contexto? ¿Y una mezcla de asombro y de terror? La lengua escrita es pobre comparada con la riqueza de la expresión oral. Estoy seguro que

interpretamos mal muchos textos antiguos porque no podemos ver el guiño del hablante.

Z.- ¿Cómo ves las comillas?

P.- Me parecen a pinzas con las que una mano melindrosa agarra palabras sucias o extranjeras (que no es lo mismo): “coño”, “killer”. Claro está que algunas veces se usan para llamar la atención como si fueran galones o “charreteras” militares. Ese afán de protagonismo se encuentra igualmente en *las letras cursivas que dan la impresión de lanzarse hacia delante como corredores de velocidad en la línea de meta*. Pero el premio se lo lleva sin duda el subrayado: las palabras pisan la alfombra.

Z.- ¿Y los paréntesis?

P.- Vienen a ser como esos auriculares que llevan los jóvenes. El resto de la frase no se entera de lo que dice, viven en mundos aparte.

Z.- Se nos ha quedado en suspenso los puntos suspensivos.

P.- No hay que crear demasiado «suspense». Sin embargo, esas ráfagas de silencio logran crear cierta expectación debido a que no terminan de decir lo que se quiere decir: «Pues...»
Dejemos aquí la cuestión en el aire. Como el vuelo de las grullas

Z.- Habíamos dejado en suspenso para hoy los puntos suspensivos. ¿No son éstos semejante al uso de «etc., etc.»?

P.- Un momento, «etc» es la abreviatura del latín «et caetera» y tiene el sentido de «lo demás, las cosas restantes». Así pues la redundancia vendría a ser como decir: «lo que queda, lo que queda». Absurdo digno de veranear en Vilanova i la Geltrú, Vilanova i la Geltrú por no poder hacerlo en Baden Baden.

Z.- ¿Y qué me dices de los acentos?

P.- La palabra viene de «ad, cantum», hacia el canto. Ciertamente todas las lenguas tienen su «cantadito» particular, su entonación propia. Así podemos distinguir un colombiano de un vallisoletano. Ahora bien, una cosa es la sílaba «tónica», la que se pronuncia más fuerte y otra es la «tilde», el acento gráfico. Dos cosas muy diferentes.

Z.- Te hablo de la tilde, el acento gráfico.

P.- Bien, te voy a confesar una cosa, pero si la cuentas negaré haberla dicho. Creo que, haciendo algunas excepciones, los acentos gráficos se deben ir jubilando de la escritura. Yo sé que esta idea subversiva puede parecer bastante «escáaandalosa», pero este «escáaandalo ortográaafico» sería menos «escándalo»

si no picase la vocal esa tilde beata, ese alfiler cuyo uso torturante hemos aprendido en la escuela.

Z.- ¿Y tus razones?

P.- Todas las esdrújulas se acentúan, entonces ¿para qué se acentúan? Sin duda un estudiante extranjero, de esos que aprenden un idioma «por los ojos» en lugar de «por los oídos» precisa esos pequeños alaridos prosódicos. Pero, si no somos aragoneses, al «pájaro» le diremos «pájaro» y no «pajaro». ¿Y qué decir de las llanas y agudas, con sus «n» y sus «s». Ganas de torturar. Los acentos son como las pajaritas en los trajes, adornos desfasados, perifollos en los teclados del ordenador.

Z.- Pero has dicho que harías excepciones.

P.- Sí, por ejemplo cuando una palabra tiene diferente función: «quién» y «qué» interrogando o como relativo, y lo mismo en exclamativas; o son distintas palabras con idéntica forma: «sé», de saber y «se» pronombre. También mantendría los acentos en diptongos y en hiatos: «cantáis», «oído».

Z.- En realidad ya no hace falta saber mucha ortografía teniendo en cuenta que los ordenadores tienen incorporado un chivato que nos avisa haciéndonos pisar una alfombra roja como si fuéramos estrellas de cine.

P.- Y bien, además de aliviar a los escolares de un conocimiento algo superfluo, existen ventajas «materiales». Yo recuerdo que en Francia debía pulsar «ALT+143» (o algo así) para escribir la «ñ», inexistente en su teclado. Esta ofensa informática originó que en torno a dicha letra el chauvinismo ortográfico levantase sus barricadas en defensa de la lengua patria. Es curioso que los tudescos (alemanes, para tu conocimiento) se alzaran e favor

de la letra gótica contra la romana siendo así que dicha letra no es en absoluto de origen germano.

Z.- ¿Y en qué quedó la cosa?

P.- Ese desaguisado se ha corregido porque la industria tiende a la normalización entre todos los países. Nosotros disponemos en el teclado de un acento circunflejo que solamente lo usamos para escribir en francés. Es como el paraguas, para los días de lluvia cuando citamos a Moliere (¿qué acento lleva?) Es posible tener una tecla para la tilde circunfleja sin usarla a menudo, lo cual nos hace ganar un poquito de tiempo, ser más «rápidos, rápidos, rápidos». Ya, «un granito no hace granero...».

Z.- Hasta la próxima clase.

19

Z.- Hemos dicho que debemos escribir «bien, en cuanto a la letra, la caligrafía; también que debemos escribir «bien» conforme a las normas ortográficas. Pero nos queda un tercer sentido de escribir bien: escribir con talento literario.

P.- Bueno, los primeros «escritores» no son en verdad «escritores». La llamada «literatura» comienza siendo oral: cantos religiosos, fórmulas rituales, hazañas de héroes como el sumerio Gilgamesh (aquí si hay texto, pero probablemente sea la fijación de leyendas anteriores). Los poetas, llamados «vates», tienen el poder de «vaticinar». La inspiración viene del cielo.

Z.- ¿Y se puede enseñar a «escribir» en el sentido que usamos ahora.

P.- Bien, «si natura no da, Salamanca no presta». El talento es en buena parte innato, pero como sucede con los diamantes en bruto precisa pulirlo. Sin una buena educación literaria nada es posible. Un buen poeta ha leído y absorbido a otros muchos buenos poetas. Y lo mismo se puede decir con la novela.

Z.- Vamos, que no todos pueden ser Cervantes...

P.- La retórica, que es el arte de bien decir, no enseña a ser genios originales sino a quedar bien o, al menos. decentemente. O dicho de otro modo: vestir «preparado para llevar», el menú diario para todos. Pero la elegancia personal, el menú a la carta se reserva para unos pocos privilegiados. El pelo alborotado del romántico Chateaubriand no casa bien con las pelucas dieciochescas. Fuera normas, abajo los corsés.

Z.- ¿Podemos ver algunos de esos recursos para «quedar bien»?

P.- La metáfora es la reina de los recursos literarios. Quien llamo por vez primera «pétalos de rosa» a las mejillas era un poeta; pero quien lo dijo el segundo fue un plagiario y todos los demás que siguieron la senda unos adocenados poetastros. Hemos de buscar comparaciones que aspiren a salirse del camino trillado: Ortega llama al rayo «metro de carpintero» por ser quebrado. También hubiéramos podido decir que el rayo es la «cicatriz del cielo» (¡toma ya!, me apunto este tanto).

Z.- Estas metáforas encierran una pizca de gracia.

P.- La greguería es un género (mini-género) que combina la metáfora con el humorismo. Yo he escrito algunas cuantas.

Z.- ¿Puedo saberlas?

P.- Claro, allá van unas pocas: «el Excmo. Alcalde, cuando deja el cargo, solamente se lleva a casa el «Ex-»; «la ll es la l que ha metido a su cónyuge en el escalafón»; «ser del sur es más que una errata geográfica»; «sinosese separan nopuede leerse bien»; «quien juega con juego (fuego) acaba quejándose (quemándose)»; «la crítica suele ser muy cítrica». En los últimos casos la greguería se construye sobre juegos de palabras.

Z.- Las letras de las canciones también tienen una técnica literaria. ¿No?

P.- Cuando la cupletista canta a los requiebros del amante eso de «quizáás, quizáás, quizáás», la sibilante mantiene la expectación del pretendiente que sigue a la *vedette* como si fuese un perrito faldero anhelando gozar de sus encantos.

Z.- Es decir, las repeticiones, como son innecesarias, tienen un valor estilístico.

P.- Antes te he dicho que «etc., etc.,» era desde un punto de vista lingüístico una equivocación. Sin embargo, tiene un valor expresivo: dice «eso», toda una retahíla de cosas enunciadas de una manera bien irónica o displicente. Mira la canción que dice: «Buenas noches, señora; buenas noches, señora; saludos a su señor». Si quitamos la repetición no hallamos nada anormal, pero con la repetición se intuye un adulterio.

Z.- ¿Algún ejemplo más?

P.- Si digo: «Quizás, tal vez, puede ser, acaso, quién sabe» ¿Qué hago? Sencillamente pongo énfasis en la incertidumbre de un

hecho. Pero ahora te propongo que hagas de crítico (¿o crítica que hace crítica?). Tenemos estas dos frases: una, «me he levantado a las cinco»; otra, «a las cinco me he levantado». ¿Son iguales?

Z- Me parece que la inversión introduce un leve matiz: una frase enuncia un hecho sin más; la otra pone el acento en que «se ha levantado a las cinco», luego en la anteposición «a las cinco» subyace la idea «he madrugado».

P- Otra posibilidad estilística es la rima interna dentro de la frase. Un famoso humorista usaba mucho este recurso: «...para fugarme con él a Málaga/ en un camión que apestaba a gambas».

Z.- Mencionas la rima dentro de la prosa. ¿Qué puedes decir de los versos?

P.- Todos hablamos en prosa, aunque algunos, como cierto personaje literario, no lo sepan. Y esa prosa tiene siempre un cierto «cantadito». El lenguaje es la música condensada en voces y la música es el lenguaje con las voces diluidas. La palabra «rima» pertenece a la misma familia que «ritmo» y «a-ritmética». O sea: la medida, el cómputo de unidades ordenadas conforme a un cierto patrón.

Z.- ¿Es solamente el ritmo la esencia de la poesía?

P.- Piensa en un japonés que desconoce nuestro idioma. Un fingido poeta recita la guía telefónica declamando «Andrés Gutiéerreez, Fernando Pérereez». Y dicha recitación se acompaña con cierta teatralidad oratoria. Pues bien: ¿no creería

el japonés ignorante de nuestra lengua que escuchaba un poema?

Z.- Pues está claro que no solamente es el sonido lo que hace al poema.

P.- El hábito no hace al monje, pero no hay un monje que no lleve su hábito. Un poema tan «sonoro» como la «Marcha triunfal» de Rubén Darío debe expresar también un contenido más allá de su musicalidad.

Z.- La percha y el traje, el traje y su modelo.

P.- La métrica impone una dificultad al poeta y éste debe vencerla con naturalidad, sin calzar las ideas para encajarlas por la fuerza dentro de un molde. Un filósofo alemán decía que el artista es el hombre que baila con un grillete atado al tobillo.

Z.- En cualquier caso, como ya señalaste, no es posible enseñar a ser escritor.

P.- La única recomendación posible es la lectura de los buenos autores. Quien tenga talento logrará crear su propio estilo con el estudio de sus predecesores. Una metáfora latina afirma que el escritor debe libar de todas las flores para fabricar su miel. Y ahora te cuento una anécdota personal: en cierta ocasión estuve vendiendo miel de una cooperativa. Cuando un cliente me pidió un bote yo le dije que si quería «miel de romero», «miel de tomillo», «miel de azahar» o «miel de acacia»; el cliente con una pizca de sorna me respondió: «miel a secas». Pues eso, que tu estilo sea «miel a secas» y no recuerde al tomillo, al azahar, al romero o la acacia. Sé original sabiendo que «lo que no es tradición es plagio».

Z.- Basta por hoy. Mañana será la última lección ¿No?

20

P.- Me gustaría acabar estas lecciones con una breve panorámica sobre las reflexiones que han hecho los hombres acerca del lenguaje. ¿Te parece?

Z.- Vamos allá.

P.- Y bien: los primeros «lingüistas» de la historia fueron aquellos hombres prehistóricos que se dieron cuenta de un hecho trascendental: podían emitir voces y controlarlas para darles un sentido. Este descubrimiento es semejante al dominio del fuego. Una cosa es recoger una chispa de rayo y otra «hacer» fuego; del mismo modo es distinto escuchar el «trueno» que «tronar» Júpiter con un estruendo atronador.

Z.- ¿Y entre tanto?

P.- Un hueso, una piedra tallada, un fragmento de una vasija, todo ello son cosas que permanecen aunque sea en un estado deteriorado. Sin embargo, las voces son aire que va al aire y se «difuminan» (esta voz viene de «humo»).

Z.- Dicho de otro modo: nada sabemos pues no existen documentos escritos.

P.- Sí, así es. Ahora bien, por el «fumo» se sabe dónde está el fuego. Podemos deducir hipótesis racionales, convincentes (debes saber que un congreso de lingüística prohibió tratar el

tema del origen del lenguaje como insoluble: cosa de filósofos, teólogos, o vaya usted a saber).

Z.- ¿Y cuáles son estas conjeturas?

P.- Como hacen todos los niños, una vez que se descubre la posibilidad de emitir sonidos, el siguiente paso lógico es explorar en todas las direcciones que nos permiten nuestros órganos de fonación. Eso es el «charruqueo» infantil: gu-gu-gá.-gá...probando, probando. La succión de la mamá crea el vocablo “ma-ma”.

Z.- ¿Y...?

P.- Las posibilidades de emitir sonidos son muy variadas pero no son infinitas. Los trabalenguas tienden a situarse en las fronteras de lo que se puede decir... sin hacerse un nudo la lengua. Y, por cierto, ¿no te has preguntado porque hablamos de «lengua» en lugar de hablar de «labios» aunque estos también se usan en el lenguaje?

Z.- Espero que me lo digas tú.

P.- Piensa en la gesticulación, en el lenguaje gestual. ¿Qué puede servir más para hacer señales: las manos o la nariz? Como las manos se pueden mover bastante - díganlo los maestros italianos- es posible atribuir diversos sentidos a los varios movimientos; las cejas solamente pueden arquearse para expresar sorpresa o fruncir el ceño para evidenciar disgusto. Las orejas y la nariz son inmóviles y, por ello, nada nos dicen, no hacen gestos. Los sordomudos usan las manos porque éstas poseen un repertorio mayor de signos.

Z.- Deduzco que la lengua es como las manos, el órgano más móvil. O sea, la reina del cotarro.

P.- En el Poema del Mío Cid se le llama a un deslenguado «lengua sin manos» (imagina un caballo desbocado, sin brida)

Z.- Me parece ver aquí una relación entre las manos y las palabras. ¿Podemos pensar con las manos?

P.- El hombre prehistórico tantea, toca, mide, pesa, valora, aprende con sus manos operaciones intelectuales. Antes de ser arquitecto es albañil. El verbo “decir” (dicere) es «indicar», señalar con el dedo índice: la orden, el imperativo. Pero veamos la raíz indoeuropeas de «faber» o «hacer» cuyo sentido es «colocar, poner junto». El homo «faber» fabrica cosas y, entre esas cosas que fabrica, está la «fabula» o «fabla», el habla. Un cosa fabulosa.

Z.- Has dicho que los hombres prehistóricos exploran las posibilidades de sus órganos de fonación igual que una tribu se aventura en un terreno desconocido.

P.- No todos los sonidos son dados al hombre. Quizás no podemos «cantar como los ruiseñores» y ésta expresión no sea sino una metáfora encomiástica. Pero el campo es grande. Desde muy niños aprendemos una estructura fonológica, la porción de hábitos articulatorios de nuestra lengua. Cada lengua delimita su propia área y bien sabemos la dificultad de reproducir sonidos que no existen en nuestra lengua materna. Un milímetro arriba o abajo, una tensión mayor o menor, y el nativo descubre el acento del foráneo.

Z.- Por lo que dices podríamos imaginar todo el conjunto de sonidos del lenguaje humano como un gran círculo dentro del cual otros círculos pequeños se entremezclan compartiendo algún área común. Una imagen parecida a la de varias ondas distintas en un mismo estanque.

P.- Me parece adecuada la comparación. Pero ésta es una visión estática y debemos contemplar la cuestión desde un punto de vista «diacrónico» (perdón: temporal).

Z.- ¿Qué quieres decir?

P.- Es muy lógico que un grupo de personas de distinta lengua que viven juntas terminen creando para entenderse entre ellos una «lingua franca», una mezcolanza. Pues bien, la creación de una lengua común -algo que desconocemos - es un proceso opuesto a la disgregación de un idioma: algo que conocemos.

Z.- Me imagino que hablas del latín.

P.- Así es. La historia fluye hacia el futuro; pero los rastros de la historia, cuando los hay, nos llevan al pasado. El latín era una lengua usada en el imperio romano mientras se mantenía la conexión, los vínculos administrativos, sociales, políticos, comerciales, etc.

Z.- Y vinieron los bárbaros...

P.- Cada parcela del imperio se aisló de la vecina, los lazos se relajaron. Los romances aparecen entonces como gotas de aceite, grumos separados, semillas diseminadas entre las ruinas. Demos ahora la marcha atrás en esa película de los siglos: los grupos familiares se reúnen para formar clanes, tribus, tal vez atribuyendo su origen a un patriarca legendario.

Z.- De manera que aparecen así lenguas rudimentarias, pobres necesariamente, para comprenderse entre los miembros de una sociedad. Seguramente me dirás que las migraciones de cada tribu alteran la lengua usada. Existiría una relación entre las familias lingüísticas y los grupos étnicos.

P.- En la prehistoria la tierra es amplia y los grupos humanos pequeños, escasos. Tal vez la «confluencia» (de «fluir») en un río crea alguna “influencia” o relación entre clanes (seguramente «conflictivas» pues «rival» viene de «río» y «conflicto» de *confluir*). La pintura rupestre permite ver estas «guerras locales».

Z.- Si todos los grupos humanos se encuentran muy separados geográficamente se deduce que hay familias lingüísticas que no están emparentadas. ¿No es así?

P.- América y África están suficientemente distantes e inaccesibles entre ellas y con Europa para hacer evolucionar troncos independientes. Y lo mismo pasaría con la Polinesia. Por el contrario, Europa es una prolongación de Asia. Ya veremos las consecuencias de este hecho.

Z.- Cuando hablas de pueblos que se reclaman descendientes de un Patriarca común me acuerdo de Abraham y del viejo Testamento.

P.- Cierto. En el viejo Testamento se reflexiona sobre el lenguaje. De entrada la Biblia nos dice que Adán «da» nombre a todas las cosas de la creación. El hombre sería así un pequeño dios que usa de un poder teológico que se le otorga.

Z.- ¿Algunas aportaciones más de la Biblia?

P.- El texto sagrado recurre varias veces a explicar el origen de un nombre, la etimología. «Jacob» será «cogido por el talón» en alusión a su nacimiento con su gemelo Esaú. La palabra es la misma cosa. Tiene poder curativo o maléfico.

Z.- Pero hay aquí una dificultad: si el hombre Adán crea el único lenguaje ¿por qué existen tantas lenguas?

P.- La Biblia responde a ello con la confusión originada en la construcción de la Torre de Babel. Imagina – ya lo hemos señalado- una obra gigantesca de ingeniería como abrir el canal de Panamá. Allí trabajan irlandeses, alemanes, ecuatorianos, etc. O sea: una torre de Babel.

Z.- Sin embargo, los hombres nos entendemos, podemos aprender otras lenguas o traducirlas a nuestro idioma.

P.- Creo que ya te dije también que los racionalistas ilustrados pensaban que la razón es una y, por ello, tenía que existir una gramática general bajo la múltiple y variada forma de las lenguas. Ellos identificaban «pensamiento» y «lenguaje». La Biblia (por cierto, este nombre significa «libro») expresa la misma idea con el episodio de Pentecostés en el Nuevo Testamento.

Z.- ¿Puedes contarlo?

P.- Los judíos están reunidos para celebrar la fiesta de Pentecostés (cincuenta días después de la Pascua). De pronto sopla un viento y la llegada del Espíritu santo se manifiesta con unas lenguas de fuego sobre las cabezas de los apóstoles. Y éstos reciben el «don de lenguas». Cuando hablan «todas las

naciones, partos, medas, elamitas, etc., entienden a los galileos «cada cual en su propia lengua nativa».

Z.- Esta aspiración a una lengua universal es un anhelo constante.

P.- En los tiempos modernos, un doctor llamado Zamenhof inventó una lengua universal, el «esperanto». Pero esta lengua nace ya muerta, es una construcción sin un pasado ni una proyección histórica. No tiene mucha esperanza de sobrevivir el esperanto.

Z.- ¿Debemos renunciar a la idea de entendernos todos?

P.- Siempre ha existido una lengua dominante, internacional: ya sea el latín, el griego en oriente, el francés como lengua de la diplomacia. En nuestros días es el inglés y mañana, ¡quién sabe! puede ser el chino u otra potencia emergente.

Z.- Quizás esta última lección se ha prolongado demasiado. ¿Podemos continuarla mañana?

21

P.- La Biblia se tradujo al griego (se dice que por setenta expertos) pues esta lengua era la más importante en el mundo occidental antiguo. Gracias a Grecia la lingüística asciende un escalón: se hace «científica».

Z.- ¿Puedes explicarme cómo?

P.- En griego «logos», cosa «lógica», se traduce ya sea como «razón» o como «palabra». Ciertamente la palabra nos hace seres racionales. Pero ahora fíjate en la raíz «log-». Es la misma raíz /l*k/ que nos da vocablos como «lag-ar», «lag-una», «esta-lactita», «lác-teo», «lác-rima», «lic-uar». Se trata de una raíz «liquida». Y del verbo latino «lingo», cuyo sentido es «chupar o lamer», deriva «lengua». Así, pues, hablar es «gastar saliva».

Z.- Según parece los griegos identificaban la razón con el lenguaje.

P.- Esta es la razón por la que buscaban en la lengua las categorías del pensamiento establecidas por Aristóteles.

Z.- ¿Y cuáles son éstas?

P.- Eran diez, pero en esencia - no literalmente- se pueden hacer corresponder con las preguntas básicas de una noticia: quién, qué, cuándo, cómo, dónde (si además de un cronista es un analista se incluyen los “porqués” y los «para qué», causas y fines). El sustantivo (quién) es la sustancia, el sujeto; “qué” es el predicado; los accidentes de la sustancia son adjetivos que expresan cualidad o cantidad; el verbo nos dice una acción pasiva o activa; las circunstancias señalan el modo, el lugar y el tiempo.

Z.- ¿Que etapas son las siguientes?

P.- Los romanos, que ya tenían bastante con levantar puentes, teatros, acueductos, y otras obras de ingeniería civil, preferían más las armas que las letras. Si acaso, el que vale vale, y si no a Derecho (con perdón de la abogacía). En suma, la reflexión sobre el lenguaje no era lo suyo y los griegos ya habían pensado

lo necesario como para andarse con minucias gramaticales teniendo un imperio tan vasto sobre el cual gobernar.

Z.- Y vienen los bárbaros con sus barbas y sus barbaridades...

P.- Cuando el gato no está los ratones hacen fiesta. Los bárbaros eran tan belicosos como los latinos pero sin su cultura. El mismo Carlo Magno, que quiso restaurar un buen latín con el monje Alcuino, era casi casi analfabeto.

Z. Me habías dicho, creo recordar, que la imprenta hizo necesarias la publicación de gramáticas y de ortografías para fijar criterios.

P.- Sí, y añado además que para enseñar a otros pueblos, pues la lengua era “compañera del imperio”. Hablo, claro, de la mal llamada lengua vulgar o romance. Durante el renacimiento los humanistas creen despertarse de un periodo de tinieblas. En realidad, los hombres “medievales” no se sentían a sí mismos como estando “en medio”. De cada época se podría decir lo mismo. Y, para decir verdad, esa pequeña loncha de queso en mitad del bocadillo no era tan exigua como se quería hacer creer. La cultura clásica no desaparece del todo, queda en barbecho, aletargada, durmiente como la bella del cuento. Los monjes en los monasterios serán los guardianes del saber antiguo.

Z.- ¿Y qué viene más tarde?

P.- Pues unos señores galos que, una vez muerto el latín, buscan una gramática general para todas las lenguas. Me refiero a los chauvinistas de Port-Royal. Según ellos, ese logicismo gramatical (traga esa píldora técnica) tiene como su modelo el “francés”. ¡Cómo iba a ser de otra manera!

Z.- ¡Menuda francesada!

P.- Sí, la tortilla francesa no es francesa ni la gripe española es española. Pasado ese sarampión los lingüistas se aficionaron a ser coleccionistas de idiomas y a hacer comparaciones. Siguiendo el modelo de los árboles genealógicos querían llegar lo más lejos posible (siglos antes se creía que el hebreo era la lengua originaria y hasta hubo algún vascongado que señaló el vascuence como la lengua del paraíso).

Z.- Esto me recuerda a lo que me has dicho sobre las migraciones de los pueblos y cómo influyen unos en otros creando una lengua común.

P.- Nada extraño tiene que “padre” se parezca a “pater” porque sabemos que nuestra lengua deriva de la latina. Pero ya comenzamos a mosquearnos al ver que en alemán se dice “Vater” y en inglés “Phater”. ¿No formarán parte de un tronco común? Y la sorpresa es mucho mayor cuando podemos encontrar idénticas raíces en una lengua como el sánscrito en la India. Así surgió la idea del “indoeuropeo”.

Z.- ¿Pero se conoce una literatura de dicha lengua?

P.- El indoeuropeo es una lengua “reconstruida” con unos cuantos fragmentos rotos y dispersos aquí y allá. Con ellos no se puede restaurar ninguna acrópolis. Pero menos da una piedra. Lo más importante en el parentesco entre lenguas no es la similitud de vocabulario sino poseer unas mismas estructuras del lenguaje. Te pondré un ejemplo: actualmente la mayoría de jóvenes exhiben una barba “a lo mormón”. Esto es una moda, un postizo, una influencia pasajera. Las palabras atraviesan las

aduanas lingüísticas. Sin embargo, tener las mismas orejas y un parecido de nariz nos indica ya una relación genética.

Z.- Me parece extraordinaria la existencia del indoeuropeo.

P.- Tienes razón, pero ¡ajo! Es más fácil que un arqueólogo reconstruya un dinosaurio a partir de unos pocos huesos a que los lingüistas “escriban” una frase indoeuropea. En muchas ocasiones el indoeuropeo recuerda al término “disfuncional” usado por los médicos. Nada se sabe. Detrás de esa denominación cabe cualquier cosa que pueda enmascarar nuestra ignorancia.

Z.- ¿Hasta aquí?

P.- Sí, he prometido no aburrirte, o no demasiado. Solamente quiero que te quedes con una idea: la lengua no es un código de tráfico para saberse las normas. Es una maravillosa herramienta, la mayor herramienta que le ha sido dada al hombre.

Z.- ¿Seguiremos en otra ocasión?

P.- ¡Chi lo sa!

Pablo Galindo Arlés
17 de octubre de 2016